

La mina

Estos hombres terrosos, raídos de esmalte,
polvo y sal y lluvia soncheros, ornan la anti-
tesis del hombre, han venido a este monte de
Vigaya desde Valladolid, Zamora, Palencia,
abandonando el jornal no de jaca más,
a la mujer y los hijos en sus cuevas de barro
o en aquel cojido banco del anelal. Yo
estoy en ellos durante estos días de febrero,
de noche alcanzo nuestra cintura, senche-
mos los railes, los piquetes, el confuso y
duro rumor de la limpiadora, a lo lejos
el Cantábrico se odea con los arreos
y cantiles pardos, ocres, grisáceos, ahora
estamos en el banecón-comedor, de menos
ancha abarcan el pan, empujan la cu-

21

chance para traer más hambre, hay unos
pocos vasos de tinta en la tabla, mastican
depeusamente, eso fue con un poco de sabie,
la palabra apenas suenan entre la sombra,
bajamos por el Toroplén a la vieja cen-
tral eléctrica, cubran sobre nuestros hombros la
vajoneta, a las cinco de la mañana aborde-
mos el Juncicula fue, entre malizas, rocas
y algún arbolito joven, sube rectamente
a lo alto, seminamos entre los cobijos y
charcos rojizos, omena la sirena de la
tarde y comprendemos la misma marcha, un-
trand un momento en una o dos Tabernas,
he percuido insensiblemente y caemos el
domino en un ojo lleno de ganso, mien-
tos la lluvia, esta lluvia del país vasco fue
siempre me acompaña, desciende por la se-

3
reds fatigadas de la noche.

Un sol serénico de domingo blanquea
la faja del poblado, roza el Rinco de
la misica, los derruidos letreros "ZAPATE-
RIA", "LA CONCHA", "ULTRAMARINO", los
mineros están de pie, silenciosos, junto al
muro, dutran o se les paucedamente de la
taberna, brustegan o maldicen, no hay más
que espera otro día, otra semana, otro
año más --- ¿hasta cuándo?



